**Domingo 33º T.O. (B) (18.11.2018): Marcos 13,24-32.**

***“Qué es lo que será destruido”.* Me lo pregunto y lo escribo CONTIGO.**

Este domingo que es 18 de noviembre será el último en el que se nos leerá un relato del llamado Evangelio de Marcos. El mensaje que se nos propone está tomado del capítulo decimotercero del escrito de María Magdalena. Hasta dentro de tres años no volveremos a escuchar en la liturgia eclesiástica palabras de esta narración, la primera, sobre el galileo Jesús.

Quienes hemos tenido la paciencia de visitar el tejido de este Evangelio de Marcos a lo largo de este año eclesiástico podemos decir muy alto que no hemos leído ni completo ni ordenado este relato. Y podemos deducir que seguimos ignorando la realidad de su protagonista. ¿No hubiera sido precioso acabar este año eclesial con la lectura de Marcos 16,1-8, el final de este relato sobre este peculiar judío de Galilea llamado Jesús de Nazaret?

En lugar de esta mi ingenua sugerencia se nos propone escuchar y meditar **Marcos 13,24-32**. Dicha así esta cita creo que no sugiere casi nada. Quien lea el texto de estos versículos podrá interpretar no se sabe el qué, como ha sucedido en la larga historia de la predicación en las homilías. El asunto, leído el texto descontextualizado, parece situarnos ante la narración del acabamiento de este mundo. Narración que está puesta en boca de Jesús. ¿Jesús hablaba así?

No sé si a los escuchantes les parecerá fuerte o no esto que se anuncia como la buena noticia que es el Evangelio: *“En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: en aquellos días, después de esa gran angustia, el sol se hará tinieblas, la luna no dará su resplandor, las estrellas caerán del cielo, los astros se tambalearán”* (Mc 13,24-25). ¿No es esto el cataclismo final del cosmos? ¿Cuántos comentaristas hablarán alto y claro de un acabamiento del que nadie sabe nada? Lo diré en afirmativo: Nadie sabe nada de este asunto. Creo que aquel Jesús judío tampoco sabía nada de ese acabamiento. ¿Puedo afirmar que lo aquí expresado debe de ser otra cuestión?

¿Por qué no se nos lee nunca el comienzo de este capítulo decimotercero de Marcos? ¿Porque existen muchos intereses ocultos que no es preciso ni necesario que salgan a la luz? Lo escribiré aquí y que quien lo lea que interprete en sus adentros y decida a quién escuchar y qué hacer en su vida: *“Al salir del Templo de Jerusalén uno de los discípulos le dijo a Jesús: Maestro, mira qué piedras y qué construcciones tan grandes. Jesús le contestó: ¿ves esta ostentosa grandiosidad? No quedará aquí piedra sobre piedra. ¡Todo será destruido! Estaba sentado en el Monte de los Olivos, enfrente del Templo. Pedro, Santiago, Juan y Andrés, le preguntaron en privado: ¿cuándo ocurrirá eso y cuál será la señal de que todo eso está a punto de cumplirse?”* (Mc 13,1-4)

Se está hablando del final y del acabamiento del Templo de Jerusalén, no del cosmos. Quiero estar atento, leer con sentido crítico, contemplar el mensaje que la narradora puso en boca de su Jesús y ‘que nadie me engañe’ (Mc 13,5) ni trate de hacerlo.

Parece ser que aquel Templo de Jerusalén desapareció y, con él, el Sacerdocio judío y su entra-mado litúrgico que sostenían la Religión de Yavé Dios y de su Moisés. Y..., ¡¡cómo no ver que ese templo y sacerdocio siguen vivos en otros templos y sacerdocios llamados iglesia de Dios!!

**Domingo 51º de Lucas (18.11.2018): Lucas 23,26-56.**

***“El reinado de Dios está dentro… de ti y de mí”* (Lucas 17,21).**

El relato de Lucas 23,26-56 nos cuenta los últimos momentos vividos por Jesús de Nazaret en esta tierra del mundo y del cosmos. Y éste nos lo cuenta a su manera, como así lo han hecho antes y después de él los demás Evangelistas. Me sorprende un poco el comienzo de esta narración: *“Cuando llevaban a Jesús... Le seguía una gran multitud del pueblo y mujeres... Llevaban además otros dos malhechores para ejecutarlos con él”* (Lc 23,26-32).

¿Quiénes fueron los que ‘llevaban a Jesús’? ¿Agentes judíos y romanos encargados de la seguridad en los eventos sociales de la multitud? Este Evangelista nos ha regalado un entrañable diálogo de este ajusticiado Jesús con las mujeres que le acompañaban. Esta solidaridad de las mujeres con el reo, ¿no mereció también castigo por parte de la autoridad?

Una vez *“llegados al Calvario, el lugar de la crucifixión”* (Lc 23,33-43) tiene lugar un doble diálogo del condenado a morir en la cruz con los dos malhechores. La primera parte ocupa los versículos 33-34 y la segunda parte de este diálogo los versículos 39-43. Y entre ambos diálogos nos sorprende el tú a tú del crucificado con los magistrados judíos allí presentes (Lc 23,35-38). Cuando leo esto con sentido crítico y sereno me pregunto, ¿por qué este narrador Lucas no cuenta también y aquí el diálogo de este Jesús en la cruz con su ‘madre’ y su discípulo amado a quien le llama ‘hijo’, como nos ha contado Juan 19,25-27? ¿Qué sí sucedió y qué no?

En tres versículos, 44-46, describe Lucas la muerte de su Jesús. No se le ha olvidado constatar el rasgamiento del velo del Templo cuando muere el crucificado en medio de sus gritos y plegarias. ¿Era posible contemplar a la vez ese velo del templo y la muerte de este hombre fuera de las murallas de Jerusalén y cuando era ya la hora de nona en los días de la primavera?

Muerto Jesús de Nazaret (Lucas 23,47-49), nada cuenta este narrador de la lanza que atraviesa el costado del galileo. Me siguen gustando esas imágenes de Jesús muerto sin el costado abierto como si fuera un manantial de sangre. Y no sé qué pensar de esto otro que dice Lucas: *“Estaban a distancia, viendo estas cosas, todos sus conocidos y las mujeres que le habían seguido desde cuando estaba en Galilea”*. Marcos y Mateo me habían dicho que ‘todos sus conocidos’ abandonaron definitivamente a Jesús en el Huerto de los Olivos. ¿Cómo fue esto?

En cambio, el dato de la presencia de las mujeres en esta muerte injusta de Jesús en la cruz de los blasfemos nos lo han contado los cuatro Evangelistas. En cada momento importante de la evangelización de este laico de Galilea siempre estuvieron las mujeres. ¿Por qué, desde entonces hasta ahora, nunca hubo mujeres ‘de voz y voto’ en la llamada ‘Iglesia de Jesús’?

La narración del Evangelista sobre la presencia de Jesús en esta tierra acaba con el mensaje último del capítulo vigésimo tercero de ‘su obra’ dedicada a Teófilo: La sepultura (Lc 23,50-56). Un judío justo y bueno como José de Arimatea, en desacuerdo con la sentencia condenatoria de Jesús, *“descolgó el cuerpo de Jesús, lo envolvió en una sábana y lo colocó en un sepulcro nuevo”*. Y de Natanael, ¡tan importante para el Evangelista Juan!, nada nos dice Lucas. En cambio, ahí siguen presentes las mujeres. **¡¡En ellas vive aquel Jesús de Nazaret!!** En ellas, sí.